

Capítulo 15. Carta N°15.



Ciertamente, querida amiga, yo podría contarle a usted toda una serie de historias semejantes a la del señor D., todas historias que tienen que ver con el complejo de Edipo y que yo había prometido narrarle. Pero, ¿para qué? Si usted no se deja impresionar por la historia que le he contado, tampoco lo conseguirán las demás tan fácilmente. Además, en toda la literatura que se relaciona con el psicoanálisis encontrará usted historias de éstas a montones. Prefiero defenderme de sus ataques, pues, si no, sus prejuicios adquieren cada vez más base y es inútil continuar con nuestra correspondencia.

Usted dice que no comprende cómo a causa de esas cosas que yo le he contado es posible que lleguen a tener lugar tales afecciones corporales en un hombre, que llegue a enfermar orgánicamente y mucho menos que, al descubrir tales cosas, se vuelve a poner completamente sano. Todo eso, querida amiga, tampoco lo comprendo yo, pero el caso es que lo experimento, que lo vivo. Naturalmente que reflexiono bastante al respecto, pero es difícil expresarse en estos terrenos. Una cosa, sin embargo, tengo que pedirle a usted: prescinda en nuestras cartas de la distinción entre “psíquico” y “orgánico”. Se trata únicamente de nombres que se utilizan para hacer más fácilmente comprensibles determinadas peculiaridades de la vida, pero, en el fondo, son las dos cosas lo mismo: ambas están igualmente sometidas a las principales y más importantes leyes que rigen a los seres vivos, ambas tienen su origen en la misma vida. Sin duda, un vaso de vino es otra cosa que un vaso de agua o una lámpara de cristal, pero, a fin de cuentas, todo es vidrio y todos los objetos de vidrio son producidos por el hombre. Una casa de madera es diferente de una casa de piedra. Pero usted misma no duda en lo más mínimo de que es sólo cuestión de finalidades y no de capacidad técnica el que un arquitecto se ponga a construir una u otra. Lo mismo hay que pensar en lo que se refiere a las enfermedades orgánicas, funcionales o psíquicas. El Ello decide con toda autonomía cuál es la enfermedad que va a provocar, y no se deja guiar por nuestros nombres. Ahora creo que ya, por fin, nos entendemos usted y yo, o, al menos, usted me entiende a mí y mi afirmación clara y rotunda de que para el Ello no existe diferencia alguna entre orgánico y psíquico y que, por consiguiente, si se puede influir sobre el Ello por medio del análisis, se podrán también tratar las enfermedades orgánicas psicoanalíticamente. En determinadas circunstancias es incluso necesario hacerlo.

Corporal, anímico. ¡Qué poder tienen las palabras! Antiguamente se pensaba -quizá hay gente que lo piense todavía hoy- que había un cuerpo humano en el cual, como en su habitación, se hospedaba el alma. Pero aun cuando se aceptase esto, habría que decir que el cuerpo como tal no enferma, pues, sin el alma, estaría muerto. Solamente lo vivo enferma, y como ninguna persona duda de que únicamente se puede llamar vivo a algo en lo que están integrados alma y cuerpo... Pero, discúlpeme. Todo esto son tonterías. No vamos a pelearnos por palabras. De lo que aquí se trata -ya que usted quiere oír mi opinión- es de que me exprese de modo que se me comprenda. De que mi opinión sea clara. Y mi opinión ya se la he dicho a usted: para mí sólo existe el Ello. Cuando utilizo las palabras alma y cuerpo entiendo por ellas fenómenos del Ello, funciones del Ello, si usted quiere. Para mí no se trata, en absoluto, de conceptos independientes y, menos, opuestos. No nos metamos en este tema tan desagradable y que otros se han encargado de embrollar durante milenios. Hay otras cosas de qué hablar.

Usted se espanta de que yo le atribuya efectos tan espectaculares a los procesos represivos, me llama la atención sobre el hecho de que también se dan nacimientos de niños deformes, enfermedades embrionales, y exige de mí que tenga también en cuenta otros fenómenos. A todo esto sólo puedo contestar que yo

encuentro muy cómoda la expresión “reprimir”. Si es suficiente para todo o no, a mí no me interesa. Hasta ahora a mí me ha bastado, también por lo que respecta a mi más bien somero trato con la vida embrional. Así pues, no veo ninguna razón para agregarle nada nuevo y, menos, para prescindir de él.

Quizá sea útil dejar vagar un poco la fantasía para que usted llegue a hacerse una idea de la extensión de las represiones. Imagínese usted dos niños, un muchacho y una muchacha, que están solos en el comedor. La madre está en otra habitación ocupada o durmiendo, o sea, que los niños se sienten seguros, tan seguros que el mayor aprovecha la ocasión para poner al corriente al otro y a sí mismo de la diferenciación de los sexos y de lo agradable de tales observaciones. De repente se abre la puerta y los niños apenas tienen tiempo de separarse, pero la conciencia de culpa no logran ocultarla. Y como la madre, convencida de la inocencia infantil de los dos pequeños, los ve que se hallan muy cerca del tarro de azúcar, supone que andaban comiendo de él, los riñe y les amenaza con azotes caso de que ello vuelva a suceder. Tal vez se defiendan los niños de la acusación de la madre, tal vez no. De todas formas, no es de suponer que lleguen a confesar su auténtico pecado, el que ellos consideran mucho más grave. Lo callan, lo reprimen. A la hora de la merienda la madre repite las mismas amonestaciones. El niño con mayor conciencia de culpa enrojece, dando así a conocer que ha sido él el que tomó la iniciativa, y reprime de nuevo lo que estaría dispuesto a confesar. Después de algunos días -la madre hace ya tiempo que se lo ha perdonado, pero le gusta atormentar al niño- se le escapa alguna broma al respecto estando con una de las tías. “Aquí el hombrecito sabe muy bien dónde está el tarro del azúcar”, o algo semejante. Y la tía hace luego también sus alusiones. Aquí tiene usted toda una cadena de represiones que, por otra parte, no es nada infrecuente. Ahora bien, los niños son diferentes. Unos se toman muy en serio sus pecados; los otros, no; para algunos es casi insoportable el haber pecado y, sobre todo, el no haber confesado. ¿Qué otra posibilidad le queda? Hacer presión y más presión sobre el pecado hasta echarlo de la conciencia y recluirlo en el inconsciente. Allí está ahora, por de pronto, aún muy en la superficie, pero poco a poco la presión hacia abajo sigue surtiendo efecto, hasta que llega a las profundidades del inconsciente, escapando así al recuerdo. Aún más, para cortar toda posibilidad de vuelta a la conciencia por el camino del recuerdo, se colocan encima de él toda una serie de otros recuerdos, ante todo recuerdos tales como que la madre procedía de una manera totalmente injusta, que acusaba a los niños sin razón de coger azúcar y que les amenazaba con azotes. Y aquí comienza el problema o, al menos, podría comenzar. Se ha formado un complejo al que no se le puede tocar y que, poco a poco, la cosa se pone tan grave que cualquier acercamiento a él es algo terrible. Ahora puede usted observar el complejo en su estructura. En la superficie están los recuerdos destinados a cubrir y encubrir el meollo de la cuestión: el azúcar, el coger azúcar, o cosas parecidas, la falsa acusación, la amenaza de ser castigados, el callar y, con ello, el mentir, el enrojecer, y luego el tarro de azúcar, la mesa del comedor con sus sillas, la habitación con un tapiz de color marrón y toda clase de muebles y loza, el vestido verde de la madre, la niña de cinco años vestida a la escocesa y con el nombre de Grete, etcétera. Más profundamente está ya el campo de la sexualidad. En circunstancias, el trabajo de reprimir es ahora ya más difícil. Pero puede ser que este trabajo llegue con todo a límites inimaginables. Tome usted la palabra azúcar. Pertenece al complejo, por consiguiente, debe ser, en lo posible, evitada. Si resulta que, además, esta palabra va ya, por otras razones, cargada de culpa -por ejemplo, por haber hurtado realmente azúcar en otra ocasión-, entonces la tendencia a reprimir será mucho mayor. Consigo arrastrará toda una serie de conceptos como dulce, blanco o, por ejemplo, cuadrado, y de cuadrado puede usted pasar a cuadro, y así hasta el infinito. No es nada extraño que el inconsciente, con ayuda de la asociación, extienda su trabajo represivo hasta el infinito. A la huida del dulce azúcar puede originarse la amargura de alma o utilizar como sucedáneo un dulce sentimentalismo. A la expresión “hurtar azúcar” puede asociarse un cuidado puntilloso en no quedarse jamás con nada que sea propiedad ajena, pero también, quizá, la infantil satisfacción de decir mentiras inocentes o un farisaico amor a la justicia. Y luego las palabras azotar, azote, plaga, pegar, pega, pájaro, castigo, castigar, caen también dentro del círculo del complejo como vitandas pero a la vez seductoras, pues la culpa no expiada clama por el castigo, clama por el castigo durante decenios enteros. Castigar. Castigar está a un paso de castrar. Todo tapiz marrón será insoportable, y lo mismo los vestidos verdes y a la escocesa, el nombre de Gretchen producirá náuseas, y así por el estilo. Y todavía no hemos entrado en el terrible terreno de la sexualidad, que viene detrás de todo esto.

Usted quizá se crea que yo exagero o que quizá le cuento la extraña vida interior de algún histérico. No, no, tales complejos los arrastramos todos nosotros. Penetre usted en su interior; no dejará de encontrar muchas cosas: alguna antipatía inexorable, alguna conmoción anímica, que, en relación con lo que de momento le ha ocasionado, es incomprendiblemente fuerte; alguna riña, alguna preocupación o mal estado de ánimo, sólo explicables teniendo en cuenta el complejo de donde procede. Ay, cómo se le abrirán a usted los ojos cuando aprenda a construir el puente que une el presente con las vivencias de la niñez, cuando aprenda a comprender que somos niños y que niños seguimos siendo, y que reprimimos, que reprimimos sin interrupción. Y que, precisamente porque reprimimos y no eliminamos, nos vemos obligados a repetir siempre de nuevo determinados fenómenos, nos vemos coaccionados a repetir, a repetir, a repetir. Créame, es llamativo lo que se repite el deseo. En su interior hay un duende que lo obliga a repetirse.

De esta necesidad de repetición tendría que hablarle a usted más, pero ahora estoy con las represiones y todavía le debo a usted la explicación de cómo me imagino a la represión como causa de padecimientos orgánicos. Usted comprenderá, por otra parte, también sin mis explicaciones, que de ahí pueden originarse muchas psicopatías. De las represiones.

Lo que le voy a decir ahora son también fantasías. Usted podrá reírse o tomarlas en serio, a mí me es igual. La cuestión de cómo se originan los padecimientos orgánicos es, para mí, insoluble. Yo soy médico y, como tal, lo único que me interesa es que, liberado uno de las represiones, aparece inmediatamente la mejoría.

¿Puedo pedirle a usted que me permita hacer un pequeño experimento antes de seguir adelante? Piense usted en alguna cosa que le interesa muchísimo, por ejemplo, en si se va a comprar un nuevo sombrero o no. Y ahora trate usted repetidamente de reprimir el pensamiento en el sombrero. Si usted se lo ha imaginado muy bonito el sombrero, que le va a caer muy bien y lo envidiada que será por ello, no le va a ser a usted posible reprimir este pensamiento sin llegar a contraer los músculos abdominales. Quizá colaboran también otros músculos en el esfuerzo; la parte superior del vientre lo hará con seguridad. Esta región colabora siempre, en la tensión más pequeña. La consecuencia de todo esto es, con necesidad, una alteración de la circulación, por pequeña que ésta sea. Y esta alteración se comunica por medio de los nervios simpáticos a otras regiones del organismo; primero, naturalmente, a las más cercanas, como son los intestinos, el estómago, el hígado, el corazón, los órganos respiratorios. Usted puede imaginarse esta alteración tan pequeña como usted quiera, pero está ahí. Y como está ahí, y como alcanza a toda clase de órganos, interviene inmediatamente toda una serie de procesos químicos de los cuales ni el más sabio comprende casi nada. Pero que estos fenómenos tienen lugar esto lo sabe muy bien, y lo sabrá tanto mejor cuanto más se haya ocupado de la psicología. Ahora imagínese usted un fenómeno de por sí sin importancia como el descrito, repetido diez veces al día. Esto ya es algo, ¿no? Pero imagínese usted veinte veces en una hora y tendrá un Walpurgis de procesos mecánicos y químicos que ya no tienen nada de hermoso. Y luego dele usted más tiempo y más intensidad al esfuerzo. Suponga usted que un tal esfuerzo dura horas enteras, días enteros y que son muy cortos los momentos de relax de las regiones abdominales. ¿Le resultará todavía difícil a su fantasía imaginarse una posible relación entre las represiones y las dolencias orgánicas?

Es bien posible que usted aún no haya visto muchos vientres humanos desnudos. Yo sí. Y a menudo se pueden observar cosas muy singulares. Muchas personas tienen en la parte superior del abdomen una arruga que le cruza el vientre de derecha a izquierda. La arruga es consecuencia de tanto reprimir. O se le ven pequeñas arterias rojas, o tienen un vientre abultado, o lo que sea. Imagínese usted solamente que una persona con temor a subir toda clase de escaleras anda por la vida años, decenios. La escalera es un símbolo sexual y hay muchísimas personas que andan perseguidas por la idea de que van a caer si suben por una escalera. O piense usted en alguien que tiene la confusa sensación de que el sombrero es un símbolo sexual, o que lo es un botón, o el escribir. Estas personas tienen que estar continuamente, casi ininterrumpidamente reprimiendo. Tienen que estar, por necesidad, maltratando de continuo su vientre, su pecho, sus brazos, los riñones, el corazón, el cerebro, con alteraciones circulatorias, con sorpresas químicas, con envenenamientos químicos. No, querida, para mí no es, en absoluto, extraño el que las represiones -o cualquier otro acontecimiento psíquico- lleguen a dar origen a padecimientos orgánicos. Al contrario, lo

que yo encuentro extraño es que tales dolencias sean relativamente raras. Y de mí se apodera el asombro, un asombro que me llena de reverencia ante el Ello del hombre, que es capaz de llevar todo lo que acontece por el camino de lo mejor.

Tome usted, por ejemplo, un ojo. Cuando ve se realizan en él una infinidad de procesos. Pero cuando le está prohibido ver y, sin embargo, ve, pero no se atreve a transmitir al cerebro sus impresiones, ¿qué es lo que pasa entonces propiamente en él? ¿No cabría pensar que, viéndose obligado mil veces al día a pasar por alto lo que ve, acaba cansándose y dice: esto lo puedo hacer de una manera mucho más cómoda; ya que no debo ver me haré miope, alargaré mi eje, y, si esto no basta, haré que me penetre sangre en la retina y quedaré ciego? ¡Es tan poco lo que sabemos acerca de los ojos! Permítame, pues, el gusto de que fantasee al respecto.

¿Le ha valido para algo lo que he escrito? Pero usted debe leerlo con benevolencia, jamás con ojos críticos. Al contrario, lo que debería hacer usted es ponerse a construir por sí misma una o tres docenas de tales edificios de fantasía. Lo que yo he ofrecido es solamente un ejemplo, un invento, hijo de un humor travieso. No se fije usted en la forma, ni tampoco en el pensamiento. Lo que me importa es la manera de pensar, lo que me importa es que deje de lado la inteligencia y dé vuelos a su imaginación.

Ya he hablado del origen de las enfermedades. Ahora tengo que decir también algo sobre su tratamiento. Cuando, ya hace años, llegué a luchar tanto contra mí vanidad que, por fin, me permitió escribirle por primera vez a Freud, éste me contestó más o menos lo siguiente: Si usted ha llegado a comprender lo que son la transferencia y la resistencia, puede pasar, sin más, el tratamiento psicoanalítico de enfermos. Así pues, transferencia y resistencia; estos son los puntos de ataque del tratamiento. Por lo que a la transferencia se refiere, creo que ya me he explicado con toda claridad sobre cómo yo la entiendo. Hasta un cierto punto, el médico tiene la posibilidad de provocarla, pero, por lo menos, puede y debe tratar de conservarla y dirigirla una vez aparecida. Pero lo más importante, el transferir como tal, es un fenómeno de reacción en el enfermo que, en lo fundamental, escapa al influjo del médico. Así pues, la tarea principal del tratamiento consiste en eliminar y superar las resistencias. Freud ha comparado la conciencia humana con un salón en el que se recibe a toda clase de gente. En la sala de espera, detrás de la puerta, en el inconsciente, se agolpa la masa de las entidades psíquicas. A la puerta hay un guardián que sólo deja pasar al salón a aquellos que están correspondientemente vestidos. Según esto, las resistencias pueden proceder de tres lugares: del salón, es decir, de la conciencia, que no permite pasar determinadas cosas; del guardián, una especie de intermediario, altamente dependiente de la conciencia, pero que tiene sus preferencias y sus caprichos, aun cuando la conciencia haya dado el permiso de entrada, y del inconsciente mismo, que no tiene la menor gana de departir con esa fauna decente y aburrida del salón. Y hay que contar con que cada una de esas tres instancias puede tener sus caprichos y ofrecer sus sorpresas. Pero como, según mi opinión, tanto la conciencia como el portero no son más que instrumentos sin voluntad en manos del Ello, hay que concluir con que esta distinción tiene poca importancia.

Con ocasión de contarle a usted la historia del señor D. le hablé también de un par de formas de resistencia. En realidad hay miles y miles. Jamás se acaba de aprender en este terreno, y aunque yo no soy precisamente un abogado de la desconfianza en este punto, sin embargo, tengo la convicción de que, como médico, siempre hay que contar con el hecho: ahora se encuentra el enfermo en estado de resistencia. La resistencia puede parapetarse detrás de cada manifestación de la vida; cada palabra, cada gesto, puede esconderla o delatarla.

¿Cómo nos la arreglamos, pues, con la resistencia? Esto es muy difícil de decir, querida. Yo creo que lo principal es que uno se conozca primero a sí mismo, que investigue sus propias esquinas, sus sótanos y sus refectorios, que tenga la valentía de mirar en su propio interior, en su propia maldad o, como yo diría, en su propia humanidad. Quien desconoce que él mismo se ha revolcado en basura, que él mismo ha producido muchos montones de excrementos, ese tal no llegará muy lejos. La primera exigencia es, pues, sinceridad, sinceridad consigo mismo. Como mejor se aprende a conocer las resistencias es consigo mismo. Y el conocimiento de uno mismo más profundo se consigue precisamente analizando a los demás. Nosotros los médicos estamos bien a este respecto y yo no sabría decir qué otra profesión podría interesarme. Luego

me parece que lo que más se necesita son dos cosas: atención y paciencia. Paciencia sobre todo, y, una vez más, paciencia. Pero esto también se aprende.

Así pues, analizarse a sí mismo es algo imprescindible. No es que sea fácil, pero nos muestra nuestras propias resistencias, y no dura mucho sin que aparezcan resistencias de clases enteras, de pueblos enteros, hasta de toda la humanidad. Hay resistencias que son comunes a muchos y, hasta se puede decir, a todos. Así, por ejemplo, hoy se me ha ocurrido una forma con la que me he topado muy a menudo: nosotros evitamos utilizar determinadas expresiones infantiles, expresiones que nos eran familiares en nuestra infancia y las usábamos corrientemente. Tratando con los niños y, cosa rara, en el trato amoroso, volvemos a decir sin dificultad “hacer pis”, “hacer caca”, “guau-guau”, “culito”, mientras que entre mayores nos sentimos nosotros también mayores, renegamos de nuestra naturaleza infantil y hablamos de “mear”, “cagar”, “culo”, etc. Jugar a ser mayores, nada más.

Por fin voy a decir también unas palabras sobre la eficacia del tratamiento. Sólo que, por desgracia, sé muy poco al respecto. Yo tengo la vaga idea de que el hecho de liberar al reprimido de la represión tiene una cierta importancia. Dudo, sin embargo, que sea lo que constituye directamente el proceso curativo. Quizá, debido a la liberación, al pasar algo reprimido al salón de la conciencia, se origina un movimiento en el subconsciente, y este movimiento puede traer salud o enfermedad. Según esto ni sería siquiera necesario que lo reprimido, que fue lo que dio origen a la enfermedad, apareciese en la superficie. Podría perfectamente quedarse en el subconsciente, con tal que se le hiciese sitio en él. Según todo lo que yo sé sobre estas cosas -ya lo digo, es muy poco-, me parece que a menudo basta con trabajar al portero para que grite un nombre cualquiera en el subconsciente, por ejemplo, el nombre de Wüllner. Si resulta que no hay nadie entre los más cercanos que se llame Wüllner, irán llevando el nombre hacia atrás, aunque el nombre no llegue a su portador, puede ser que allá en el fondo se encuentre algún Müller que, intencionada o inintencionadamente, se abre paso hasta la puerta y entra en la conciencia.

La carta es ya larga y la charlatanería parece no tener fin.

Adieu, bienamada, es hora de irse a dormir. Su muy cansado.

TROLL¹

Volver a Publicaciones de Groddeck

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE
<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>
Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

1.- Aquí el autor juega abiertamente con el nombre de “Troll”. Por una parte, es el apellido del que suscribe las cartas; por otra parte, *Troll*, en alemán, significa “el maligno”. El autor ha escogido sin duda este nombre con toda intención (N. del T.).